



# Capítulo 321 - El secuestro de Yuna (Parte 1)

En la Academia (Hace unos momentos)

Un ruido sordo y pesado procedente del exterior de la habitación atravesó el nebuloso resquicio de su clímax.

Los ojos carmesí de Yuna se abrieron de par en par. Su cuerpo aún se retorcía, con los músculos espasmódicos por las réplicas que la sacudían en oleadas. Las sábanas bajo ella estaban empapadas, pegadas a su piel. Cada terminación nerviosa se sentía en carne viva, expuesta. Sus pulmones ardían mientras intentaba respirar, con el pecho agitado.



La humedad entre sus muslos ya había empezado a enfriarse, volviéndose pegajosa e incómoda. Podía sentirla por todas partes: cubriendo la parte interna de sus muslos, acumulándose debajo de su trasero, enmarañando el pelaje de la base de su cola. La saliva se había secado en las comisuras de su boca en forma de costras.

Intentó incorporarse, pero la seda tiraba con fuerza de sus muñecas y tobillos. Las bufandas... él la había atado. Estaba extendida en su propia cama como una ofrenda, cubierta por las pruebas de lo que su cuerpo había hecho.

El calor inundó su rostro. Pero entonces llegó el pánico.

El sonido había venido de justo fuera de su puerta.

—¿Profesora?



Sus orejas felinas giraron, tensas. Nada. Solo un silencio espeso y sofocante.

Su corazón latía con tanta fuerza contra sus costillas que le dolía. Ese golpe había sido demasiado fuerte, demasiado definitivo. Como un cuerpo cayendo al suelo.

Su cuerpo.

La adrenalina recorrió sus agotados miembros. Tiró de la seda, sintiendo cómo se le clavaba en las muñecas en carne viva. La suave tela se mantuvo firme, pero ella siguió retorciéndose, siguió tirando. Sus afiladas uñas engancharon un hilo. Luego otro. El nudo comenzó a aflojarse.

Liberó su mano derecha, con la piel ardiendo y enrojecida, e inmediatamente atacó el nudo de su muñeca izquierda con dedos torpes y temblorosos. Luego sus tobillos. Su esponjosa cola carmesí se agitaba ansiosamente en el aire.

Libre.

Se bajó de la cama tambaleándose, con las piernas temblorosas y débiles. Su traje negro de spandex y látex se le pegaba como una segunda piel, frío y resbaladizo por sus propios fluidos. El bordado blanco no servía para ocultar el obsceno contorno de su coño, la tela se pegaba húmeda a cada pliegue y arruga.

No le importaba.

Se tambaleó hacia la puerta, con la mano temblorosa agarró el pomo y la abrió de un tirón.



El profesor Tianlong yacía tendido en el suelo justo fuera, completamente inmóvil. Tenía la cara enrojecida, el ceño fruncido como si sintiera dolor. Su pecho apenas se movía con respiraciones superficiales.

«¿Qué ha pasado? La droga... dijo que esperaría fuera...».

La confusión la golpeó como agua helada, pero el calor en su interior se negaba a extinguirse. Su primer instinto fue gritar para pedir ayuda, llamar a la profesora Ophidia.

Pero entonces dio medio paso hacia adelante y su olor la golpeó.

Ahora era más débil, diluido por la distancia y el aire libre, pero era suficiente. Ese almizcle increíblemente masculino, dulce, oscuro y espeso, le llenó las fosas nasales y encendió un fuego en su vientre que volvió a la vida al instante. Su coño se apretó y una nueva humedad se filtró en su traje, que ya estaba empapado.

«No... ahora no...».

Sacudió la cabeza con fuerza, tratando de aclarar sus ideas. Él estaba herido. Se había derrumbado por culpa de esa droga. Por culpa de ella.

La culpa se retorció en sus entrañas, aguda y desagradable.

Tenía que ayudarlo.

Mordiéndose el labio con tanta fuerza que le supo a sangre, lo agarró por debajo de los brazos. Era un peso muerto, músculos sólidos que apenas se



movían. Gruñó, esforzándose, su esbelto cuerpo temblando por el esfuerzo mientras lo arrastraba hacia atrás, a su habitación. Su bata rozaba el suelo con un sonido áspero y chirriante.

Consiguió arrastrarlo hasta su cama. Su cuerpo aterrizó con un suave rebote sobre las sábanas húmedas y arrugadas, y el impacto envió otra oleada de su aroma directamente a su nariz.

Sus rodillas casi se doblaron.

—¿Profesor? —Su voz salió en un susurro de pánico. Le acarició la mejilla: estaba ardiendo, irradiando calor como un horno. —¡Profesor, despierte!

Nada. Su respiración seguía siendo superficial y dificultosa.

El pánico le oprimía el pecho. —¿Debería llamar a la enfermería? ¿A otro profesor?



Pero ¿qué diría? ¿Que estaba en celo y que él se había desmayado delante de su puerta después de atarla para «protegerla»? Nunca lo creerían. Pensarían lo peor de él. De ella.

Sus ojos frenéticos recorrieron rápidamente el cuerpo de él y luego se detuvieron.

Se quedaron paralizados.

Su túnica negra de cultivador se había abierto durante la lucha y colgaba holgada a ambos lados. Sus pantalones solo estaban sujetos por una sencilla faja similar a una cuerda, que no ocultaba en absoluto lo que había debajo.



Un bulto grueso y monstruoso se tensaba contra la tela, una protuberancia de carne tan enorme que parecía una tercera extremidad. Incluso a través de la tela, ella podía ver claramente el contorno. El grueso tallo. La pesada y hinchada cabeza.

Tenía que medir al menos veintitrés centímetros. Y el grosor...

Se le secó la garganta. Tragó saliva con dificultad, pero tenía la boca completamente reseca.

Su mano, que se había acercado a su hombro, se detuvo en el aire. Flotaba allí, temblando violentamente, mientras sus ojos carmesí permanecían fijos en ese obsceno bulto.



Entonces, lentamente, como atraída por un imán, su mano bajó.

«No lo hagas», le susurró débilmente su mente. «No lo hagas».

Pero su cuerpo ya no respondía a sus órdenes.

Sus dedos rozaron primero los duros músculos de su abdomen, sintiendo el calor que irradiaba a través de la bata. Su piel estaba ardiente como un horno. Bajó la mano, siguiendo la profunda línea en V de sus caderas, y finalmente, con reverencia, su palma se posó sobre el bulto.

Una descarga eléctrica le recorrió el brazo y le golpeó el centro del cuerpo.

Estaba duro como una roca. Un pilar de carne caliente y densa atrapado bajo una tela fina, irradiando un calor que le quemaba la palma de la mano. Su coño



se apretó con tanta violencia que un nuevo chorro de humedad brotó, empapando de nuevo la parte delantera de su traje con un chirrido audible.

«Tan... tan grande...».

Sus pensamientos se habían quedado en blanco, borrados por el puro deseo animal.

Sin pensar, levantó la otra mano y colocó su delgada muñeca junto a la parte más gruesa del bulto.

Su polla, incluso constreñida por la tela, incluso inconsciente, era más gruesa que su muñeca.

Su enorme tamaño le hizo dar vueltas la cabeza. ¿Cómo se sentiría? ¿Cómo podría algo tan grueso caber dentro de ella? ¿La partiría en dos? ¿La estiraría tanto que nunca volvería a ser la misma?



Los pensamientos prohibidos le nublaron la vista.

No debía molestarlo. Estaba enfermo. Necesitaba descansar.

Esa era la parte lógica de su cerebro, la parte que se estaba ahogando rápidamente bajo una ola de calor.

Lentamente, se arrastró hasta la cama junto a él. Su cuerpo temblaba incontrolablemente. No podía detenerse, ni quería hacerlo.



Se acurrucó a su lado, rodeándole el torso con los brazos y apoyando la cara en su pecho. Inhaló profundamente, con avidez, llenando sus pulmones con su aroma.

Era embriagador. Abrumador. Una mezcla embriagadora de almizcle y sudor y algo más oscuro, más intenso, como whisky añejo e incienso ardiente. La mareaba. Hacía que su coño palpitara con un deseo desesperado y doloroso.

Sus caderas comenzaron a moverse por sí solas.

Un lento y tortuoso roce. Su entrepierna empapada se frotaba contra el sólido músculo de su muslo, y la fricción enviaba chispas de placer a través de su núcleo.

«¿Qué estoy haciendo? Esto está mal... él está inconsciente... Tengo que parar...».

Pero no podía. Su cuerpo había tomado el control por completo.

Sus muslos se movían más rápido, frotándose con más fuerza. Los sonidos húmedos de su traje golpeando contra sus pantalones llenaban la habitación. Su respiración era entrecortada, desesperada, empañando su pecho.

La presión volvía a aumentar, ese nudo apretado y gritante de necesidad se enroscaba cada vez más en su vientre.

«¡Hnnh...! Aah...».



Le besó el cuello, sacando la lengua para saborear la piel salada y ardiente. La combinación de su olor, los planos duros de su cuerpo y la fricción implacable era demasiado.

Su espalda se arqueó violentamente. Todo su cuerpo se tensó cuando otro orgasmo la atravesó como un rayo.

«¡AAHHN...!».

Ella le mordió el hombro para ahogar su grito mientras se corría con fuerza. Un chorro caliente de líquido brotó de su coño, empapando su traje y los pantalones de él, donde su muslo estaba presionado contra él. Ella se derrumbó sobre su pecho, jadeando y temblando, con réplicas que la recorrían en oleadas.

Durante un largo momento, solo se oyó el sonido de su propia respiración entrecortada.

Bajó la mirada hacia su rostro. Tan cerca. Tenía los ojos cerrados y los rasgos relajados en la inconsciencia. Era insopportablemente guapo, un hombre salido de un mito o una fantasía.

Una ola de vergüenza la invadió, pero fue inmediatamente ahogada por una nueva y más oscura marea de lujuria.

«Está mal...», susurró su conciencia, apenas audible ahora. «... pero está dormido. Nunca lo sabrá».

Esa endeble justificación era todo lo que necesitaba su cerebro aturdido por el calor.



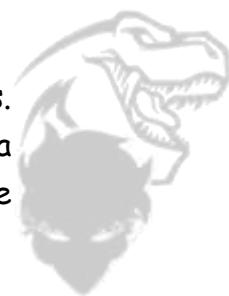
Se apoyó en los codos, con los ojos carmesí oscuros y vidriosos por el deseo. Bajó la cabeza y capturó sus labios en un beso profundo y húmedo.

Introdujo la lengua en su boca, saboreándolo, explorándolo. Era un beso desesperado y hambriento, lleno de obscenos sonidos de sorbos y del deslizamiento resbaladizo de su lengua contra la de él. Ella gimió en su boca, y la vibración retumbó en el pecho de ambos.

Se apartó, sin aliento. Un grueso hilo de saliva conectaba sus labios, estirándose y finalmente rompiéndose.

Verlo así, tan cerca, tan vulnerable, tan insopportablemente sexy, destrozó el último y frágil hilo de su autocontrol.

Se movió con una determinación renovada, a horcajadas sobre sus caderas. Se colocó directamente sobre el enorme bulto, con la gruesa protuberancia presionando íntimamente contra su clítoris empapado y palpitante a través de la ropa.



Un gemido gutural se escapó de su garganta al contacto.

Se sentía bien. Como volver a casa.

Empezó a moverse, frotando sus caderas con movimientos lentos y circulares.

¡SChlk! ¡SChlk! ¡SChlk!

Los sonidos húmedos resonaban obscenamente en la silenciosa habitación: su traje empapado golpeaba rítmicamente contra los pantalones de él.



—¡Hnngh~! ¡Aahn...! Profesor...

Sus caderas se movían más rápido, con más desesperación. Cabalgaba el grosor inflexible debajo de ella como si su vida dependiera de ello. La dura cresta frotaba su clítoris hinchado hasta dejarlo en carne viva, enviando oleadas de placer al rojo vivo a través de cada nervio.

Podía sentir su forma tan claramente a través de la tela: el grueso tallo, la protuberancia de su cabeza presionando justo contra su entrada. Era enloquecedor. Lo quería dentro. Quería sentir cómo la abría.

Pero esto era todo lo que podía tener. Todo lo que podía soportar.

¡PAAH! ¡SCHIK! ¡PAAH!

Echó la cabeza hacia atrás, agitando salvajemente su cola carmesí mientras golpeaba con sus caderas con todas sus fuerzas. La cama crujió bajo ellos. Los sonidos húmedos de los golpes se hicieron más fuertes, más obscenos.

«¡AAANGHH~! ¡OUNH...! ¡PROFESOR!».

Su tercer orgasmo la golpeó como un mazo. Su visión se volvió blanca. Su mente se quedó completamente en blanco por la intensidad abrumadora del orgasmo.

Su cuerpo se convulsionó violentamente, arqueando la espalda con tanta fuerza que pensó que se le rompería la columna. Volvió a correrse, un chorro de líquido caliente empapó la ropa de ambos, y se derrumbó sobre su pecho, completamente sin fuerzas.



Yacía allí jadeando, incapaz de moverse. Su cuerpo estaba resbaladizo por el sudor y sus propios fluidos, temblando de agotamiento.

Sus ojos aturdidos se fijaron en su rostro tranquilo.

La realidad se derrumbó sobre ella como un edificio que se derrumba.

¿Qué había hecho?

«¿Qué... qué me ha pasado, profesor?», gimió con voz quebrada y temblorosa. Las lágrimas le picaban en las comisuras de los ojos. «Estoy en celo... y no puedo parar».

